

Acerca de lo social y lo subjetivo en el socialismo

Fernando González Rey

Psicólogo. Universidad de La Habana.

Después del derrumbe del socialismo en Europa Oriental han abundado las publicaciones dedicadas al análisis de las causas de dicho fenómeno. Entre los temas tratados, predominan los aspectos económicos, históricos, filosóficos y políticos. Sin embargo, los aspectos de la subjetividad y los fenómenos generados en esta esfera han sido muy poco elaborados.

Entre las causas asociadas con la ausencia de los temas vinculados con la subjetividad, pudieran señalarse la extraordinaria influencia del positivismo en las ciencias sociales —una de cuyas mayores consecuencias ha sido la no legitimación científica de la subjetividad—, así como el limitado protagonismo de la psicología social en los temas más afines con la política.

En el legado de las ciencias sociales de Europa del Este, tampoco encontramos análisis relevantes sobre la crisis que condujo a la desaparición del socialismo en los antiguos países socialistas. Solo resulta valiosa para este fin la obra de investigadores que, catalogados de revisionistas, tuvieron incluso que abandonar sus países de origen para poder continuar la elaboración de sus propias ideas (Agnes Heller y Adam Schaff, entre muchos otros). He señalado dos que en mi

opinión representan enfoques críticos de extraordinario valor, realizados desde una interpretación marxista.

En el presente artículo, sin pretender agotar las formas concretas con que se ha presentado el socialismo en diferentes países, (lo cual sería imposible, por los aspectos culturales, sociales e históricos que participan en su concreción), se señalan características del diseño que, aunque particularmente agudas en Europa Oriental, han afectado también a nuestro país, si bien no todas están presentes en Cuba, como diferenciadamente se precisa en el curso del trabajo.

El propio marxismo que se desarrolló en los países del socialismo europeo, y que fue muy influyente en las tendencias que dominaron el desarrollo del marxismo en todos los países de orientación socialista, fue dogmático y mecanicista, de profunda desviación economicista, a partir del cual lo esencial en el proceso de construcción socialista eran los programas macro a nivel político, económico y social, dentro de los cuales se resolvían de forma estandarizada las necesidades básicas de la población, sin entrar en el diseño el sentido diferenciado de estas necesidades a nivel individual, ni tampoco la previsión de las nuevas necesidades que este proceso generaba.

El diálogo, la comunicación humana, no es un proceso que se basa en la «razón», la «capacidad» o la «objetividad» que una de las partes del proceso siente tener. Por el contrario, es un proceso que se desarrolla sobre la base de las necesidades diversas de quienes participan en él. Y es el diálogo la vía para construir razones y vivencias que puedan ser compartidas en el espacio de la comunicación.

El momento subjetivo del proceso de desarrollo social se ignoró, tanto a nivel de la subjetividad social como de la subjetividad individual, y se estableció una relación lineal entre la base y la superestructura que condujo a subordinar de forma mecánica los cambios de la superestructura a los que ocurrían en la base. El marxismo dogmático sobre el que se inspiraron estas concepciones también estuvo vigorosamente influido por el positivismo, lo que inspiró una recia orientación objetivista en las propias ciencias sociales.

La influencia positivista de aquel marxismo, unida a la fuerte influencia teleológica hegeliana —presente también en el propio Marx—, y al autoritarismo imperante en la historia y la cultura política rusas, condujeron a una representación mecanicista del socialismo, que se definió como expresión del nivel de desarrollo de la humanidad, resultante de leyes inherentes a este proceso, según las cuales se definía la irreversibilidad del socialismo como forma histórica.

Por ley, el socialismo evolucionaba permanentemente hacia formas superiores, proceso que inexorablemente conduciría hacia el comunismo, estadio que representaba un nivel casi perfecto de vida humana. Esta concepción teleológica regulada por leyes inherentes al propio proceso del desarrollo condujo a la certeza política de estar guiando la verdad histórica, la cual debía imponerse automáticamente, por encima de todos los fenómenos propiamente humanos que se produjeran en este proceso.

Las tendencias descritas se hicieron hegemónicas a nivel político y dieron lugar a una ideologización del marxismo, sacralizando de forma doctrinaria toda interpretación política coyuntural realizada en su nombre. Consecuentemente, todas las líneas e intereses coyunturales del poder político se identificaban como «marxistas», y se apartaba del marxismo todo lo no coincidente con estos intereses. Ello condujo a una dañina identidad entre lo político y lo ideológico.

Las representaciones políticas y las interpretaciones ideológicas desarrolladas desde el poder condujeron a una representación estática de la sociedad que definió las contradicciones dentro del socialismo

como «no antagónicas». Así, estas perdían realmente su carácter de fuerza motriz del desarrollo, pues ninguna contradicción viva y realmente devenida en fuerza motriz de cualquier proceso de desarrollo puede resultar «no antagónica» a priori.

Las contradicciones son siempre una fuente potencial del desarrollo. Sin embargo, que adquieran o no este carácter en una forma concreta de este proceso va a depender mucho de cómo se integra en el complejo conjunto de fuerzas que caracterizan el proceso de desarrollo en el momento en que la contradicción aparece. Composición de fuerzas dentro de las cuales hay que considerar tanto los factores subjetivos como los objetivos. Cualquier contradicción puede conducir a una crisis, cuya resultante sea un nuevo momento en este proceso, o bien un momento de involución del mismo que puede llevarlo a su destrucción.

Las contradicciones, tanto a nivel social como individual, son momentos complejos de confluencia de fuerzas. Una de ellas es el sentido subjetivo que la situación tiene para los sujetos que la enfrentan. Este no va a depender linealmente de los factores objetivos que afectan a los implicados, sino de su propia historia, a través de la cual, mediante los diferentes sistemas de relaciones relevantes en que se han desarrollado, aparecen formas diferenciadas de subjetividad, social e individual, que resultan decisivas en la formación del sentido subjetivo de cualquier situación social.

Las desviaciones arriba señaladas se inspiraron en un diseño político de un único partido real en el escenario político. Unica vía para consolidar e integrar todas las fuerzas, no solo ante las demandas internas del propio proceso en su desarrollo, sino por las enormes amenazas externas que obligaron al socialismo desde su surgimiento a una defensa permanente. Sin embargo, este diseño, posterior a la muerte de Lenin, fue evolucionando hacia formas cada vez más centralizadas y autoritarias, donde el partido único, a nivel de su dirección, fue monopolizando un concepto absoluto de verdad que no tenía canales reales de interrogación.

La posición del partido hacia las distintas cuestiones de la vida y la sociedad se ideologizó completa-

mente. Este pasó a ser, de un interlocutor con mayor desarrollo ideológico real, que permanentemente se legitimaba y desarrollaba en las confrontaciones de la vida real, como en gran medida había ocurrido en época de Lenin, a un partido censor, árbitro permanente de lo correcto y lo incorrecto.

La centralización asumida a nombre de la defensa del sistema y realmente inspirada por esta función fue conduciendo progresivamente a la eliminación del debate y al culto de lo coyunturalmente priorizado por la dirección; con lo cual la unidad orgánica dirigencia-población se perdió. Apareció una tendencia creciente al formalismo y a la doble moral en los distintos foros creados para el debate colectivo, que incluía a la propia vida partidaria, donde el centralismo democrático fue cada día más centralismo y menos democracia.

Esta situación fue conduciendo gradualmente a una pérdida de conexión con el camino asumido de forma consciente por generaciones anteriores, pues cada vez resultaba más difícil implicarse en el proyecto político a través de la identidad real de grupos y personas. Estos debían renunciar a atributos auténticos de su diferenciación para encajar en los moldes políticamente aceptados, los cuales eran definidos en abstracto, por criterios e interpretaciones ideológicas de la dirección política, desconociendo las necesidades reales de los afectados. Un ejemplo de esto fue lo referido a las nacionalidades en la antigua URSS.

No tener en cuenta las necesidades diferenciadas de grupos, sectores y personas como aspecto relevante en la toma de decisiones políticas, fue un elemento definitorio en la fisura irreversible dirigente-masa que se produjo en los países de Europa Oriental. Las necesidades humanas son uno de los factores más objetivos que deben ser tomados en cuenta en política. Sobre todo en un diseño como el socialismo, orientado al aumento de la participación consciente del hombre en el curso del proceso.

Desvincularse de las necesidades de la población en aras de lo que resulta mejor para esta, puede tener serias consecuencias mediatas en el orden político. La modificación de la psicología social de cualquier grupo, sector social o nación es un proceso lento que se va produciendo, tanto por las necesidades que el propio desarrollo engendra como por la participación intencional e ideológicamente comprometida del hombre a través de la educación.

La toma de decisiones políticas por factores objetivos, ajenos a los sistemas de necesidades de la población, conduce a la acumulación del descontento en determinados sectores sociales, lo que puede llegar a ser explosivo ante la disminución de las presiones externas en un momento concreto del desarrollo. El propio capitalismo, para beneficiar la acumulación de capital a través del consumo, utiliza todos los medios para afianzar una psicología de consumo, la cual, a pesar de su carácter enajenante, es percibida como necesaria por gran parte de la población.

La desmedida centralización política, al debilitar

la relación orgánica dirigente-masa, condujo a la sacralización de quienes dirigían. Se creó una verdadera atmósfera de invulnerabilidad en torno a estos, que contribuía a un distanciamiento cada vez mayor con la población, institucionalizado en las formas dominantes del diseño político. Esta situación fue conduciendo a un autoritarismo que impidió el diálogo real e implícitamente desarrolló una sobrestimación en quienes dirigían, los que siempre estaban más dispuestos a orientar que a escuchar.

En esta situación la creatividad individual y social en el plano político se dificulta extraordinariamente, pues toda nueva idea es evaluada por quienes tienen ideas diferentes, desde el poder político y pueden considerar lo nuevo como «no compatible ideológicamente». De esta forma, el proceso de desarrollo y crecimiento social permanente es arbitrado totalmente desde afuera y se quiebra la expresión necesaria de nuevas fuerzas dentro de él.

La unidad poder-verdad tuvo nefastas consecuencias, tanto para el desarrollo de ideas nuevas como para el desarrollo de la participación social y de las formas políticas que la garantizaran. Quien tiene el poder tiene la verdad; por tanto, su papel no es de dialogar, de construir algo conjuntamente con el otro, sino de convencer, de demostrar al otro lo justo o adecuado de su planteamiento.

El diálogo con las masas aparece entonces a través de escenarios condicionados por una psicología grupal definida por la pasividad, la reafirmación de lo expresado por la dirección y la ausencia de planteamientos diferentes a los definidos oficialmente. Esta psicología es sumamente paradójica, pues las personas en su expresión individual son esencialmente contradictorias con su expresión grupal y llegan a acumular un profundo resentimiento hacia valores originariamente compartidos por ellas. La reiteración de estas vivencias en el tiempo, acompañada por una total desesperanza en cuanto a las posibilidades para cambiar lo establecido, conducen a una apatía desmovilizadora (como la expresada por los militantes del PCUS ante el decreto de la desaparición del Partido).

La definición de temas «tabúes», personas sacralizadas y una centralización total de los criterios valorativos sobre lo ideológicamente adecuado, limitan la espontaneidad y la autenticidad de la expresión, así como la creatividad en todas las esferas, pues la expresión individual no es aceptada como tal, con sus matices de acierto y error, y siempre es calificada por un criterio externo.

Esta dependencia permanente de valoraciones externas y la falta de definición de «zonas» o «espacios» de plena potencialidad para la expresión individual, determinan la aparición de temores e inhibiciones que van castrando la expresión, pues unidas a las dificultades para ser entendidos y aceptados, las personas sienten que sus opiniones son poco tenidas en cuenta.

La dinámica centralizada y la pérdida de riqueza

El funcionamiento de las organizaciones políticas y sociales no se puede preestablecer de forma rígida, por decreto, sino como reflejo de las necesidades de un momento concreto, de manera que conserven la capacidad de evolucionar con las propias fuerzas que, con sus contradicciones, van conduciendo a nuevos momentos del progreso.

en la expresión individual en los foros colectivos va generando una dependencia creciente del discurso oficial, alrededor del cual se mueven de forma repetitiva y poco creativa la mayor parte de los dirigentes del Partido y el Estado. Con ello el discurso pierde autenticidad y capacidad de influencia, sobre todo en la juventud, cuya frescura y potencial crítico se convierten en importantes barreras para asimilarlo.

La centralización exagerada conduce a una dependencia creciente hacia las figuras centrales de la dirección. Este proceso, en sus casos extremos, se ha identificado con el culto a la personalidad y muchas veces ha sido presentado como la expresión malévola de un sujeto y no como la manifestación extrema de una regularidad generada por un diseño político. Es este el que necesariamente debe ser revisado, para comprender aquellos puntos débiles que intervinieron en su desaparición en los países socialistas europeos.

La falla en el diseño de las formas de participación determina que la identidad del grupo dirigente sea más fuerte que la identidad de los dirigentes dentro del grupo que dirigen, lo cual conduce a representaciones y necesidades compartidas con el grupo de dirección que dificultan la diversidad de puntos de vista entre ellos, a partir de las especificidades del sector donde desarrollan su labor de dirección.

Los niveles verticales de exigencia son tan elevados que con frecuencia anulan exigencias que se producen a nivel horizontal en el medio en que se despliega la actividad de dirección. El dirigente se siente tan implicado en las respuestas destinadas a los niveles superiores que, en ocasiones, querer mantener su imagen en círculos externos, condición importante para dirigir, le deteriora su imagen en la base y, con ello, limita totalmente su capacidad de diálogo con sus subordinados.

El diálogo, la comunicación humana, no es un proceso que se basa en la «razón», la «capacidad» o la «objetividad» que una de las partes del proceso siente tener. Por el contrario, es un proceso que se desarrolla sobre la base de las necesidades diversas de quienes participan en él. Y es el diálogo la vía para construir razones y vivencias que puedan ser compartidas en el espacio de la comunicación. Toda ver-

dad fuera del consenso y la aceptación real solo es tal en términos subjetivos para quien la impone.

La ausencia de diálogo y debate en los foros colectivos que influyen en la toma de decisiones políticas conduce a uno de los fenómenos, en mi opinión, más graves de los inspirados en el diseño de socialismo desarrollado en los países de Europa del Este: el predominio de lo actual y lo coyuntural sobre las necesidades permanentes que se derivan de las múltiples y complejas tramas cotidianas del movimiento social.

La fuerte identidad del grupo de dirección, unida a los criterios dominantes que estos comparten como grupo —los que se identifican con las personas de mayor jerarquía dentro de la estructura política—, determinan que las prioridades de la dirección política se generalicen de forma acrítica a todos los sectores de la sociedad. Ello limita la expresión de necesidades parciales de grupos y sectores que, vistas en la estrategia actual del país, pueden resultar insignificantes, pero que resultan esenciales para quienes las experimentan, lo cual puede ser difícil de comprender a la dirección, centrada en otras tramas a nivel nacional.

A niveles micro de la organización social (barrios, comunidades, grupos sociales, etc.), se producen necesidades que no encuentran salida en el sistema de toma de decisiones. Estas pueden llegar a convertirse en peligrosos focos de tensión social susceptibles de permanecer reprimidos por largo tiempo, durante el cual ganan en fuerza, y que se expresan en momentos de crisis dentro del sistema. Un ejemplo al respecto vuelve a ser la cuestión de las nacionalidades en la antigua URSS, otro fueron las revueltas populares que precipitaron los cambios en muchos de los países del Este europeo.

La homogeneización de la subjetividad social simplifica y esquematiza la vida y la reduce a un orden concebido desde fuera, donde se pierden las fuerzas interactivas dinamizadoras de cada espacio socialmente diferenciado.

La participación real y auténtica garantiza la expresión de sectores diversos de la población en los distintos foros concebidos para el debate, con lo cual se legitiman las contradicciones como un momento necesario de la vida social. Sin embargo, algo que ha

sido general al socialismo y fuente de descontento y malestar popular, es la preparación de los foros colectivos de acuerdo con intereses determinados de antemano que nada tienen que ver con los intereses reales de quienes en ellos participan.

El ritmo que este diseño centralizado y unilateral impone a la vida social es lento. La dirección va focalizando su esfuerzo y atención de una situación crítica a otra, por lo que se pierde la trama simultánea, diversa y compleja de la sociedad. Los cambios de política se producen cuando la dirección identifica los problemas, lo cual ocurre mucho después de la aparición de ellos. Esto trae aparejado un conjunto de consecuencias indeseables que podrían haber sido evitadas.

La tendencia a una ficticia unanimidad, característica muy generalizada en los foros creados para el debate colectivo, tanto en las organizaciones políticas y sociales como fuera de ellas —mal general a todos los países socialistas— y cuya explicación precisa de una mayor investigación— impide que las contradicciones propias del desarrollo social se expresen con nitidez en el debate, por lo que permanecen ocultas las tensiones derivadas de estas, y que se expresan a través de una multiplicidad de formas en la vida social.

La expresión de estas contradicciones, tanto en conflictos sociales como en trabajos literarios y científicos, se designan como «traición», «reversionismo», o «acciones antisociales» cuya explicación siempre descansa en la caricaturesca mala idea de los implicados.

La incapacidad para tolerar las diferencias individuales es aún mayor ante las divergencias sociales; es decir, para reconocer que una institución, grupo u organización exprese diferencias y desacuerdos con lo establecido al buscar formas de expresión acordes con las necesidades y con las características que la identifican dentro de la sociedad. Esta situación condujo en Europa Oriental a un achatamiento de los sujetos que empobreció la vida y debilitó a los partidos comunistas, al eliminar la vía esencial para su desarrollo, que es la confrontación social y política.

El empobrecimiento de los sujetos activos que se expresaran de forma sana condujo a la formación de grupos y organizaciones que emergieron con una clara orientación a la anarquía y la lucha fratricida, en cuanto las organizaciones políticas y sociales oficiales colapsaron, entre otras razones debido al formalismo paralizante que las invadió.

Como resultado del formalismo se afecta profundamente el desarrollo de nuevos liderazgos en los marcos del sistema, pues el líder es necesariamente una singularidad que emerge como resultado del debate y la confrontación, y que representa intereses particulares de un grupo, sector o institución —pues en el socialismo, como en cualquier otro sistema social, coexisten intereses generales, particulares y singulares. El líder emerge con una opinión propia que

lo destaca entre quienes se desenvuelve, y que no puede ser lineal con los criterios dominantes en la dirección política.

La ausencia de liderazgo y de una movilidad real y diferenciada de las organizaciones políticas y sociales conduce a un extraordinario formalismo. El socialismo tiene que ganar en flexibilidad para la tolerancia de las diferencias necesarias que expresan las propias contradicciones de su desarrollo, diferencias que, bien canalizadas, pueden convertirse en una fuente esencial de la dinámica propia del sistema, sustituyendo dinámicas artificiales que con frecuencia imponen personas que coyunturalmente ocupan funciones de dirección.

El funcionamiento de las organizaciones políticas y sociales no se puede preestablecer de forma rígida, por decreto, sino como reflejo de las necesidades de un momento concreto, de manera que conserven la capacidad de evolucionar con las propias fuerzas que, con sus contradicciones, van conduciendo a nuevos momentos del progreso. Si se impide la expresión espontánea y diversa de las fuerzas sociales que, aun sin unidad absoluta, expresan tendencias de crecimiento del sistema, de hecho favorecemos la expresión de fuerzas negadoras de este, y se obstaculiza la diversidad necesaria para la constitución de una unidad real.

La definición de las fuerzas sociales que tienen una significación en la integración y ruptura de las diferentes formas de organización política de la sociedad, es uno de los temas más sugerentes para la investigación contemporánea. En esta dirección cobra un valor particular la definición de clase dada por Marx.

Como he señalado en trabajos anteriores,¹ cuando Marx define el papel de la clase obrera en el capitalismo que le tocó vivir, aparece por primera vez en la teoría una definición de sujeto social no reductible a ninguna de las formas particulares de su expresión, apoyada tanto en la identidad de la clase obrera, en sus proyectos y anhelos compartidos, como en las condiciones reales de vida que estaban en la base de su configuración subjetiva.

Marx, en su integración de la economía, la política y la sociedad, fue capaz de identificar una fuerza viva que se expresaba con una intencionalidad política y social en el escenario de su época. El dogmatismo marxista opacó este descubrimiento de Marx, sacralizándolo de forma ahistórica, lo que impidió a muchos autores marxistas seguir el complicado proceso de evolución del capitalismo actual.

La falsa interpretación sobre el papel otorgado por Marx a la clase obrera en el momento que le tocó vivir, condujo a que el protagonismo de esta se absolutizara más allá de consideraciones históricas y culturales. Ello impidió analizar el movimiento real de los diferentes sujetos sociales que se iba produciendo con el desarrollo del capitalismo, así como la propia configuración que se producía en el socialismo.